

Palabras de Ana Iribar en la inauguración de 'Gregorio Ordóñez. La vida posible'

MADRID, 17 SEPTIEMBRE 2026

Gregorio Ordóñez regresa a Madrid, seis años después de ocupar la quinta planta de CentroCentro Cibeles, gracias al tesón de la concejala Paula Gómez-Angulo. A todo su equipo, a Isabel, a Lorena. A todo el personal del centro cultural Eduardo Úrculo. A Ignacio Carretero y a Javier Sanz, a todo el equipo de Feltrero que ha hecho posible el transporte y montaje de la muestra. A la fundación Faes, a Ana Cabos y a Rocío, a Gema y a Vicente de la Quintana. A Enrique Bonet que inventó el espacio que hoy recreamos por sexta vez. Quiero aprovechar también este momento para agradecer a esta ciudad, a Madrid, por recibarnos a los miles de vascos que un buen día tuvimos que hacer la maleta y abandonar Euskadi por la amenaza terrorista y la presión nacionalista. Gracias Madrid.

La vida de Gregorio está indisolublemente ligada a su ciudad, San Sebastián, a sus conciudadanos. Por eso hemos recreado la barandilla de la playa de la Concha desde la que asomarnos a su historia y a su tiempo. Para recuperarle en esta exposición a través de cada uno de sus elementos. En la fotografía del barco que le trae a España desde Venezuela, apenas tenía cinco años, de la mano de su madre, Consuelo Fenollar. En la escena de su primera comunión, en la terraza de la lavandería, donde la familia Ordóñez -Fenollar trabajó muy duro y vivió varios años. En la fotografía de la celebración del final del COU, con sus compañeros del Instituto Peñaflorida de San Sebastián. En sus hojas de calificaciones de la facultad de periodismo de la Universidad de Navarra en Pamplona. En su primer carné de afiliado a

Alianza Popular en septiembre de 1982, o en el folleto electoral en el que encabezó por primera vez la candidatura a la alcaldía de San Sebastián por Alianza Popular en mayo de 1983, cuando nadie se atrevía a hacerlo. En cada victoria electoral, también en sus fracasos. En la procesión de la Salve, en la bandera de San Sebastián que llevaba al hombro, orgulloso, cada 14 de agosto, eso sí, entre gritos, piedras, insultos. En la última tamborrada que tocó junto al que meses más tarde sería también objetivo de un atentado terrorista, el presidente Aznar. Gregorio regresa a través de esta exposición para sonreírnos una vez más desde el patio encalado de la casa del pueblo de sus padres en Terrateig, en Valencia, bajo la buganvilla en la que tomé su fotografía y en sus brazos, Javier, nuestro hijo. En ese instante fugaz de felicidad eterna, ajenos a cualquier peligro, donde nos sentimos tal vez por última vez a salvo, lejos, muy lejos de San Sebastián.

Todo está aquí. Su fortaleza, su generosidad, sus convicciones, su determinación, su juventud, su pasión. A pesar de las amenazas, de la editorial del Egin, de la sombra del terrorista que controlará sus pasos; de las pintadas en el portal de casa que limpia cuando aún está la pintura fresca para que yo no las vea al pasar. La bala en el casillero del ayuntamiento. Todo está aquí. Su inquebrantable decisión de meterse en política porque no soportaba ya ni la feroz actividad de ETA ni la bruma corrosiva y ventajista del nacionalismo vasco. Y fue precisamente de la mano del nacionalista Ramón Labayen, elegido alcalde 1983, como inició su andadura municipalista. Labayen decía de él, “es más español que un botijo, pero resuelve”. Tanto fue así que, en las siguientes elecciones municipales, la todavía Alianza Popular le sacó dos mil votos de ventaja al PNV.

Guipuzcoa fue el feudo de Herri Batasuna durante muchos años, y San Sebastián, la segunda ciudad, después de Madrid, con más víctimas mortales de ETA. No fue fácil hacer política en aquellos años ochenta, en los noventa, especialmente para los constitucionalistas, particularmente para el PP y lo sería más aún a partir del asesinato de Ordóñez, y la temible ponencia oldartzen con la que ETA condena a muerte a todo ciudadano constitucionalista y que se enfrente a la banda terrorista. Tampoco ha sido fácil ser víctima de ETA en el País Vasco. La sociedad te exigía primero que perdonases, después, olvidar. Te sometía a una extraña soledad, como si fueras portadora de un virus. Sentíamos el desamparo más absoluto, ni ley, ni justicia, ni solidaridad, ni libertad. Algo así, salvando las distancias, deben sentir hoy los ceutíes. Desde aquí aprovecho para solidarizarme con todos ellos.

En aquel páramo sonaba la voz libre de Gregorio. Era de los pocos que se atrevía a decir lo que muchos pensábamos y callábamos por miedo. Por eso todavía hoy, 31 años después del atentado, cuando se recuerda a Gregorio en su ciudad, todos empiezan la frase de la misma manera, “gracias a Gregorio ...”

Sin duda, el fortalecimiento de la democracia en España se lo debemos a él y a cuantos valientes la defendieron en Euskadi, aún arriesgando su vida, a lo largo de casi cincuenta años de terror. Y a las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado. Hoy nos acompañáis algunos, María San Gil, Regina Otaola, Cristina Cuesta, Elena Azpiroz, Eugenio Damboriena, Jaime Mayor.

Gracias una vez más. A las nuevas generaciones que hoy lideráis los partidos os pido que no les olvidéis. A distinguir entre enemigo y adversario, entre rédito electoral y coraje cívico. La salud de cualquier democracia no se mide a peso, según los votos; se debe medir en términos de concordia, de acuerdos entre contrarios, de convivencia, de respeto al adversario, de derechos y libertades. En el centro debe estar siempre el ciudadano y su bienestar. Los partidos no pueden ser esa máquina de asalto al poder, como los definía Gregorio.

Hoy tengo que volver a lamentar el final negociado de ETA. No es el final que Gregorio ni las más de ochocientas víctimas de ETA merecen. El infame 100.2 viene a culminar una negociación indecente para aliviar a los asesinos de sus condenas; el estado les pone en la calle sin haberlas cumplido, sin haber pedido perdón -nunca he recibido ningún comunicado al respecto-, sin haber colaborado con la justicia para esclarecer tantos asesinatos sin resolver ni contribuido a cerrar el duelo de cientos de familias. 73 de los 118 presos de ETA ya están en semilibertad, según publica el País el pasado 6 de junio, de acuerdo con un informe de SARE.

Yo me pregunto si los asesinos y sus cómplices, en la calle, podrán soportar el peso de la mirada de tantos inocentes. Nuestra mirada no lleva plomo, no lleva odio. Pero sí preguntas y un espejo en que solo pueden ver reflejada su cobardía, la muerte que convocaron, la injusticia. Un espejo que exige a las instituciones españolas y vascas estar a la altura. Y hoy no lo están. Pero qué podemos esperar de estos nuevos tiempos, de los nuevos príncipes y tiranos que nos gobiernan, tan lejos de la realidad y de las necesidades de sus votantes, sus afiliados. En la reescritura de la Odisea del actor y dramaturgo Stephen Fry, la diosa Atenea se dirige a Zeus para preguntarle sobre su “plan para que toda la humanidad sea gobernada solo por tiranos, criminales y necios. Tu plan para erradicar la justicia de la esfera terrenal. Tu plan para inaugurar una era sin tratados, promesas, honor ni ley. Ese plan”. Es como asomarse cualquier día a uno de los telediarios nacionales, a nuestra lamentable realidad política española, a una suerte de despotismo democrático que nos gobierna.

Mi generación se acaba y con ella, nuestro testimonio. Confío plenamente en las nuevas generaciones, con las que comparto mi experiencia y la vida de Gregorio Ordóñez en las aulas. A ellas está especialmente dirigida esta exposición. Confío en sus preguntas sin filtros. En su intuición. Ellos escribirán y serán a su vez, protagonistas de la Historia, la nuestra también

será revisada. Ojalá lo hagan libres de nuestros prejuicios, de nuestros miedos, de nuestro sectarismo; buscando la verdad factual que defendía Hannah Arendt. Que ellos nos juzguen con benevolencia y magnánimos, perdonen nuestras faltas y nuestra soberbia. Mientras, tendremos que esperar a ese o esa joven audaz, ese nuevo líder, ajeno y alejado de deudas, de collares, de comisiones, de muros, pero comprometido con la sociedad para devolvernos desde la política la confianza y la ilusión que nos regaló Gregorio Ordóñez a tantos españoles hace más de cuarenta años.

Muchas gracias.